

Alejandro Morellón

El estado natural de las cosas

IV Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez

Candaya Narrativa, 73

Primera edición: marzo 2021

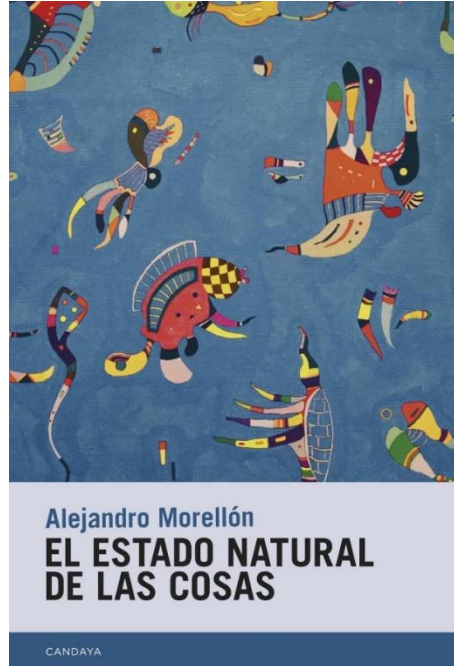
Diseño de la colección: Francesc Fernández

Imagen de la cubierta: *Cielo azul*, de Wassily Kandinsky

ISBN: 978-84-18504-27-3

21x14 cm; 128 págs.

PVP: 15€



SINOPSIS: EL ESTADO NATURAL DE LAS COSAS

Por *El estado natural de las cosas* van a ir desfilando, tras las máscaras imprevisibles de la ficción, algunos de los conflictos e inquietudes que más secretamente nos definen: la violencia y la rebelión, la espera de un cataclismo y la vida en los límites, la precariedad y la banalización del arte, el final de una relación y el principio de la decadencia, la enfermedad y la sombra oscura del miedo.

Son relatos poblados por seres extraños, como el hombre que decide vender su mano izquierda a una galería de arte o la mujer que no puede parar de reír, en los que Alejandro Morellón disloca el pensamiento y modula lo fantástico con un inequívoco propósito: revelar el absurdo del mundo, pero también sus numerosos contrastes y sus quiebres más poéticos.

Con *El estado natural de las cosas* Alejandro Morellón obtuvo el IV Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez, el más importante de este género en lengua española. El jurado, compuesto por Alberto Manguel, Roberto Burgos Cantor, Vlady Kociancich, Anne McLean y Vicente Molina Foix, señaló, entre otras cosas, que «la metáfora que reside en sus argumentos fantásticos refleja con gran exactitud nuestras preocupaciones cotidianas»

EL AUTOR: ALEJANDRO MORELLÓN

Alejandro Morellón (Madrid, 1985). Con *El estado natural de las cosas* Alejandro Morellón obtuvo el IV Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez, el más importante de este género en lengua española. El jurado, compuesto por Alberto Manguel, Roberto Burgos Cantor, Vlady Kociancich, Anne McLean y Vicente Molina Foix, señaló, entre otras cosas, que «la metáfora que reside en sus argumentos fantásticos refleja con gran exactitud nuestras preocupaciones cotidianas». Ha publicado los libros de relatos *La noche en que caemos* (2013, Premio Fundación Monteleón), *El estado natural de las cosas* (2017, Candaya, 2021, Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez) y la novela *Caballo sea la noche* (Candaya, 2019). Sus relatos han sido traducidos al inglés, neerlandés, checo, portugués, italiano, rumano, polaco y serbio.



LO QUE SE HA DICHO DE LA OBRA DEL AUTOR

“El discurso es tan poderoso, tan sugestivo y repleto de estampas que el lector no puede permitirse ninguna distracción” **Elena Costa, *El Cultural*, El mundo.**

“Lo que esta novela ofrece, y es su notoria novedad, es que el lado oscuro y doloroso de una historia personal solo puede decirse eficazmente si se elige bien la forma. Morellón, escritor de talento, ha sabido hacerlo evidente.” **José María Pozuelo, *ABC Cultural*.**

“Nos encontramos la poesía como reflejo, la filosofía como entendimiento, la prosa como delirio y la palabra como condena (y salvación). Pasado y futuro, unidos por un presente manchado de pesadillas, de rencores, de contricciones o secretos que acaban estallando por cada esquina” **Salva Robles, *Diario.es***

“Hay libros que solo pueden escribirse desde un raptó de la conciencia. Una suerte de arrobamiento que suspende el accidente prescindible que somos para hacernos bucear por las esencialidades que más radicalmente nos constituyen. Así me imagino yo a Alejandro Morellón mientras escribía su *Caballo sea la noche* (editorial Candaya): inmerso en el trance febril de una novela cuya creación acabaría por convertirse en una experiencia agotadora, casi física.” **Fernando Parra, *Diari de Tarragona*.**

“Los sueños, la culpa, la noche, los afectos, el ser y el querer ser, la memoria, el refugio, los silencios, el mal, la clarividencia, la culpa de nuevo; Morellón transita por sobre todas estas

emociones, y lo hace con una poética que nos permitirá vivir, padecer, acompañar, entender, sentir el trasfondo de la vida que nos narran Alan y Rosa.” **Aranzazu Miró, *La Opinión de Málaga*.**

“Tenía claro que el lenguaje debía funcionar como un generador de desasosiego por sí mismo, no sólo en relación con lo que contara. El protagonista vive en un espacio enclaustrado del que no puede ni sabe salir, y para llevar al lector ahí no basta con narrarlo, ni con describirlo. El lenguaje tendría que contribuir también a la claustrofobia”. **Pablo Bujalance, *Málaga hoy*.**

“La memoria y la culpa son también elementos muy visibles en *Caballo sea la noche*. Morellón juega con extrema habilidad con ambos, hasta el punto de incorporarlos como cauces narrativos sobre los que fluye la historia.” **Salvador Gutiérrez Solís, *Diario de Sevilla*.**

“Un relato como un torrente que brota íntimo y salvaje, de una carga de profundidad apenas vislumbrada en las palabras. Porque ‘*Caballo sea la noche*’ es una historia de familia, de miedo, de culpa y deseo, de memoria y sexo, de identidad y pérdida.” **Antonio Javier López, *Diario Sur*.**

“En esta novela asistimos a la ruina de una familia, testimoniada a través de los soliloquios de dos personajes: Alan, que solo quiere dormir encerrado en su habitación y refugiarse así en el mundo no vivo no muerto de Morfeo, y su madre, a quien la pérdida -la pérdida de otro hijo y de un marido- y la culpa han llevado a vivir confinada en los recuerdos de los álbumes familiares, que revisita una y otra vez intentando apartar la mirada del monstruo que allí habita también, y que crece alimentándose de su silencio.” **Eduardo Almiñana, *Valencia Plaza*.**

“¿Han leído alguna vez una historia contada solo en cinco frases? ‘*Caballo sea la noche*’ es una narración contada así, en cinco golpes de emoción. Quizá porque el sentimiento, los sentimientos que despiertan algunos hechos son tan intensos que cuando el escritor comienza a expresarlos no puede parar.” ***El Ojo Crítico, RNE*.**

“Déjate conducir por su prosa elegante y oscura, y cabalga sin freno hasta su bellísimo final. Acaso no puedas dormir cuando cierres el libro, pero qué importa, *Caballo sea la noche*.” **José Torres, *Estado Crítico*.**

“Morellón es tan intenso, tan preciso, tan poético, tan profundo... que hay que tomar aire. La prosa, como un caballo, como el deseo, se desboca, pero Morellón la controla, mantiene el ritmo. Las dos voces de los protagonistas, monólogos que viajan al pasado y al presente y recorren la historia familiar, sacan a la luz cuestiones como la identidad, el deseo, la maternidad, la infancia, la culpa... Al final, la palabra llega, y con la palabra la posibilidad de salvarse. *Caballo sea la noche* es estilo, una primera novela brillante.” **Ana Doménech, *Relibro*.**

“Una novela corta muy angustiada, existencial y sugerente.” **David Pérez Vega, *Revistaparaleer*.**

“Su prosa se mueve entre lo fantástico, lo simbólico, el absurdo existencialista y lo ominoso.” **José María Merino.**

POR QUÉ LECTORES Y LIBREROS DEBEN APOSTAR POR *EL ESTADO NATURAL DE LAS COSAS*

1. Con *El estado natural de las cosas*, publicado originariamente en 2016 en Caballo de Troya, Alejandro Morellón se convirtió en primer español ganador del prestigioso Premio Internacional de Cuento Gabriel García Márquez, el llamado Óscar del cuento), lo que lo convirtió en uno de las voces más relevantes de la nueva narrativa española, como prueba su inclusión en la primera selección de 10 de 30, la antología de la AECID y de Acción Cultural para la promoción internacional de las nuevas generaciones de escritores. Pero aunque los principales medios se hicieron amplio eco, como no podía ser de otra manera, del García Márquez de Cuento, *El estado natural de las cosas* no tuvo la difusión en la prensa (hay muy pocas reseñas) ni la visibilidad en las librerías que pensamos que merece. Esta nueva edición revisada, incluye un relato nuevo, «Por lo que sé de mi marido», que se adhiere al estilo, la forma y el estado de ánimo del resto de los cuentos, pero que al mismo tiempo abre una brecha nueva en la obra de Alejandro Morellón, y nos muestra otros intereses temáticos, que apuntan a ese otro camino de escritura que inició con su novela *Caballo sea la noche*, también publicada por Candaya.
2. Después de la publicación de su primera novela, *Caballo sea la noche*, ampliamente elogiada por la crítica (recogimos más de 20 reseñas y entrevistas en <https://www.candaya.com/libro/caballo-sea-la-noche/>) y muy bien acogida por los lectores (pese a que la pandemia se atravesó en su camino hicimos una 2ª edición), *El estado natural de las cosas* nos muestra otra cara de la escritura de Alejandro Morellón, que puede resultar muy atractiva para los lectores de su primera novela que no conozcan este libro de relatos. En estos cuentos descubrirán una literatura con otros recursos, con otro registro, pero con la misma intensidad e impulsada por el mismo objetivo: investigar sobre el peso y la huella de las relaciones humanas. En *Caballo sea la noche* se encuentran prefigurados algunos de los temas que luego, desde otra perspectiva y con otras intenciones, abordó luego Alejandro Morellón en *Caballo sea la noche*. El lector atento sabrá distinguir esos mínimos entramados que constituyen la temática esencial de la trayectoria de un escritor.
3. *El estado natural de las cosas* es un libro de cuentos que busca subvertir las bases de nuestras relaciones con el mundo: a partir de personajes atrapados por historias enloquecidas, que nos presenta hechos inverosímiles, pero que son, en clave fantástica, espejos del mundo que habitamos, de nuestras aspiraciones y miedos, y de los problemas cotidianos que nos aturden. Como dijo el jurado del Premio García Márquez: «la metáfora que reside en sus argumentos fantásticos refleja con gran exactitud nuestras preocupaciones cotidianas».
4. El eje central de todos los cuentos es ese momento límite en el que la vida de los personajes cambia radicalmente: ¿cómo nos enfrentamos a los cambios repentinos a los que a veces nos tenemos que enfrentar? La renuncia y la adaptación son los dos polos de *El estado natural de las cosas*, y los personajes (una comunidad que padece los embates de los huracanes, otra que normaliza el estado de violencia en la ciudad, parejas que se distancian entre sí, personajes cuyos propios cuerpos les producen un profundo extrañamiento) se ven en una encrucijada definitiva: tomar una decisión y actuar, o dejar que todo siga su curso y los arrastre.

5. En muchos de los cuentos de *El estado natural de las cosas*, el absurdo y lo fantástico se resuelve en situaciones humorísticas, una forma del humor que el lector agardece muchísimo, pero que a la vez nos permite acercarnos, con más profundidad si cabe, a los temas que subliminalmente se discuten en los cuentos y a las inverosímiles circunstancias que enfrentan los personajes. Los relatos que conforman este libro oscilan entre la risa nerviosa y la reflexión profunda.
6. Los lectores amantes del género breve es un libro que nos conecta con otros grandes títulos del cuento: *El confabulario* de Juan José Arreola, *El mejor de los mundos* de Quim Monzó.
7. La pareja, el sexo, la violencia social, la banalización del arte, los desastres climáticos... *El estado natural de las cosas* trata sobre temas muy actuales y cotidianos que estamos seguros que atraerán a los lectores y lectoras más informados y críticos.

FRAGMENTO DE *EL ESTADO NATURAL DE LAS COSAS*

ELOGIO DEL HURACÁN

Siempre he disfrutado de la violencia de lo cotidiano: por ejemplo, la de un vaso que se rompe en la oscuridad. A veces me pregunto si este recuerdo es realmente mío. Revivo la escena con una alegría difícil de contener: el objeto que cae y se desintegra y se hace estrépito sordo y luego tumulto de voces en mitad de la noche. Mi madre le da al interruptor para que se iluminen los vidrios desperdigados. Su mano abierta en el aire, por encima de mí. El sonido de la bofetada que no se parece en nada al sonido del cristal contra el suelo y la sensación de comprender que todo forma parte de la ceremonia. La violencia que empieza en un vaso y termina con el dolor que una madre le impone a su hijo.

Ya han pasado muchos años desde entonces y ya no hay vaso ni madre ni cristales desperdigados ni ese niño que era yo asumiendo el dolor de la bofetada. Ahora vivo en Ehio con el resto de mi congregación. Aquí, en este pueblo, hay violencia así como también hay armonía gracias a que pasa de vez en cuando Amalia, y todos queremos mucho a Amalia.

Sabemos cuándo vuelve ella por la densidad del aire, por el relinchar de los caballos o por cómo nuestros hijos gritan sin ninguna explicación. Gritan y lloran, y nosotros creemos que es porque les duelen los dientes o porque tienen sueño, hasta que las contraventanas chocan contra la pared y la veleta del tejado empieza a chirriar; entonces caemos en la cuenta de que está aquí, otra vez.

Cuando llega Amalia la tierra roja del camino se desplaza, gira en remolinos y se esparce por el aire.

Cuando llega Amalia dos o tres de los nuestros entonan una canción.

Cuando llega Amalia nos santiguamos, le damos las gracias al viento y nos apresuramos a dejar nuestras ofrendas antes de que alcance la zona de las casas.

En estos quince meses desde que pasó por última vez apenas hemos tenido tiempo de restituir el ganado, de reforzar los cimientos, de reconstruir el muro, de cavar otros huecos para la gente que ha venido nueva este año. Cristian y los más jóvenes han construido un doble techo para todas las casas y el resto nos hemos ocupado de la comida y del agua. Los niños han dibujado unas líneas de colores en el camino para que ella se oriente. Todo el pueblo ha hecho ya su elección para la ofrenda: telas bordadas y pelo trenzado y metales preciosos y figuritas de madera y algunos dientes tallados. Este año, los de la tercera casa van a ofrecer a su tercer

hijo, el más pequeño, que está enfermo. Se lo entregan a ella para que lo envuelva y se lo lleve a otro sitio donde no exista el dolor. También dicen, les he oído cuchichearlo en voz baja después de las reuniones, que creen que ella, Amalia, es el brazo invisible de Dios.

Lo dejamos todo en el camino y nos esforzamos de verdad para que quede bien presentado y dispuesto, para que ella lo vea y se lo quiera llevar consigo, aunque casi siempre se lo lleva todo. Otros años, cuando se ha dejado alguna cosa, el dueño de la ofrenda tiene que irse para que no caiga en desgracia toda la comunidad. Este año, a nuestra hija Sally se le ha ocurrido que nuestra ofrenda sea Gianfredo, el ternero, al que hemos pintado de rojo y atado a un poste adornado de flores. Está algo nervioso y no deja de berrear.

Aún tenemos tiempo para ver cómo desaparecen, a lo lejos, los primeros árboles. Nos quedamos todos juntos y nos damos la mano para observarla –una sombra blanca y espectral que reptaba sin dirección, aunque todos sabemos que se dirige a nosotros, siempre lo hace–. Observamos, también, los corrimientos de tierra, los primeros carruajes arrastrándose hacia la vorágine, los objetos menos pesados elevándose en el aire en círculos concéntricos.

«Oh, mensajera del cielo, Amalia, señora de todos los vientos: acepta nuestras ofrendas».

Después de la oración, soltamos nuestras manos y encerramos a los animales que nos da tiempo a atrapar. Luego corremos a refugiarnos bajo el muro de hormigón y piedras, nuestro fortín, y nos colocamos de manera que cada uno pueda tener un agujero delante para mirarlo todo. Permanecemos juntos y esperamos en silencio. No hablamos entre nosotros porque nos gusta oír cómo se acerca, las cristalerías que estallan, miles de objetos rompiéndose, la primera casa que se desploma; oímos gritar –un grito débil, casi sin fuerzas– al hijo enfermo de los de la tercera casa. Al mirarles, vemos que están llorando y que sonríen al mismo tiempo. Puede que sea cosa mía, pero también me parece oír a nuestro Gianfredo, aunque, de todas maneras, llega un momento en el que solo se la escucha a ella. Todos nos acercamos más a nuestro respectivo agujero para mirar. Nadie quiere perderselo.

Dentro de Amalia están todas las cosas que hemos dejado sobre el camino: tres vacas, un ternero, cinco caballos, una baraja de cartas, una bañera llena de leche, un niño enfermo, una escultura hecha de fruta, un instrumento de cuerda, una colección de libros, comida y agua en abundancia; están, además, todas esas cosas que no hemos dejado pero que Amalia se ha molestado en llevar consigo de todas maneras: cascotes de piedra, árboles, carruajes, casas enteras, peces del río, algunas ovejas perdidas, cerdos salvajes que ha encontrado a saber dónde, cinco personas ya muertas, los cuerpos transportados como por una nube de moscas.

Dicen –a mí nunca me ha tocado verlo– que estar justo debajo, en ese mismo punto en el que se origina el impulso, es como ver un túnel que conecta directamente con el cielo, y que en ese momento no hay ruido, no hay brutalidad, solo hay una música como de cosas que flotan y todo se ralentiza. A los que les pasa esto les cambia la vida y se les da un mejor trato entre los vecinos. A mí, algún día, me gustaría verlo también, escuchar el vacío y entender esa plenitud de

la que hablan. A lo mejor, lo que se oye dentro no es el silencio sino un cristal que se rompe en la oscuridad y el ruido de una bofetada bien dada. Todavía no lo sé. Quizá el año que viene, cuando vuelva Amalia.